



Escrituras

Desde las tierras de Pakal

SOFÍA MIRELES GAVITO *Izamal, La Ciudad Amarilla*
MARTHA ROBLES *Djuna Barnes. Un Destino*
ALFONSO NAVER *La festividad indígena dedicada a los muertos*
MISAEAL SÁNCHEZ *Día de Muertos en Oaxaca*

Hotel Tulijá

PALENQUE



**¡Desde hace 50 años,
las mejores vacaciones
están aquí y al mejor precio!**

tulijahotelpalenque.com



CARLOS

MORELOS RODRÍGUEZ

DIPUTADO FEDERAL



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXVI LEGISLATURA
LIBERTAD Y JUSTICIA SOCIAL

CARLOS MORELOS ACOMPAÑÓ AL GOBERNADOR RAMÍREZ AGUILAR EN SU ÚLTIMA GIRA POR PALENQUE

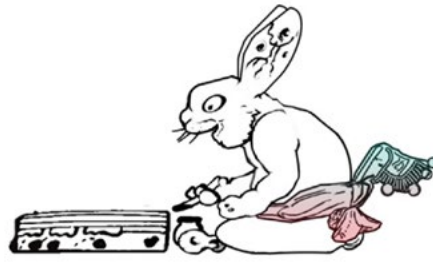


El segundo sábado de este mes el gobernador de Chiapas, Eduardo Ramírez Aguilar, junto a su distinguida esposa Sofía Espinoza, y el Fiscal General de Justicia del estado, José Luis Llaven Abarca, estuvo acompañado por el diputado federal Carlos Morelos Rodríguez en dos eventos que realizó en Palenque. El primero fue en la Inauguración del Centro de Justicia para las Mujeres (CEJUM) un espacio fundamental para la atención, protección y acompañamiento integral de las mujeres que han sido víctimas de violencia. El legislador consideró que el CEJUM “representa un paso firme hacia la construcción de una sociedad más justa, segura y con oportunidades para todas. Su puesta en marcha permitirá brindar servicios especializados y articular esfuerzos

interinstitucionales en favor de la dignidad de las mujeres”. El segundo acto fue la entrega de una ambulancia equipada en beneficio de las y los derechohabientes del ISSTECH en el municipio de Palenque. Morelos Rodríguez señaló que con “acciones firmes y solidarias como esta, el Gobernador Eduardo Ramírez Aguilar reafirma su compromiso con la salud y el bienestar de las y los chiapanecos, fortaleciendo la infraestructura médica y garantizando una atención oportuna y de calidad. Su gobierno continúa impulsando políticas públicas que priorizan la vida, la salud y la seguridad de las familias, demostrando con hechos su cercanía con la gente y su visión de un Chiapas más justo y con mejores servicios para todas y todos”.



ingresa a todos
nuestros
contenidos
en línea:



2025

NOVIEMBRE

Escribas

EN PORTADA:
Catrina en el Día de Muertos,
Palenque, Chiapas.
Foto. Sariego Vega

www.revistaescribas.com.mx

[f https://web.facebook.com/revistaescribas](https://web.facebook.com/revistaescribas)

<https://x.com/revistaescribas>

EDITOR

IGNACIO

VERÁSTEGUI ALFONSO

DIRECTOR

DISEÑO

JUAN PABLO

VERÁSTEGUI GARCÍA



Justin Kerr K718 <http://research.mayavase.com/kerrmay.html>



CALENDARIO MAYA Primero de noviembre de 2025

Fecha de Cuenta Larga

13.0.13.0.1813baktún 13X144.000

días = 1.872.000 días 0 katún

0 X 7.200 días = 0 días 13 tun

13 X 360 días = 4.680 días 0 uinal

0 X 20 días = 0 días 18

k'in 18 X 1 día = 18 días

Fecha del Tzolk'in: 9 Etz'nab'

Fecha del Haab: 16 Sak'

Señor de la Noche: G9. Cualquier

día en el calendario gregoriano

se puede convertir en uno

correspondiente al sistema de

calendario maya. Un día, mes y

año en particular se puede expresar

en una fecha del calendario de

Cuenta Larga usando las unidades

de tiempo baktún, katún, tun,

uinal y k'in junto con las fechas de

los calendarios Haab y Tzolk'in.

Para mayor información visite

Smithsonian Museo Nacional

del Indígena Americano en:

[https://maya.nmai.](https://maya.nmai.si.edu/es/calendario/convertidor-calendario-maya)

[si.edu/es/calendario/](https://maya.nmai.si.edu/es/calendario/convertidor-calendario-maya)

[convertidor-calendario-maya](https://maya.nmai.si.edu/es/calendario/convertidor-calendario-maya)

CONTENIDO

05	Izamal, La Ciudad Amarilla SOFÍA MIRELES GAVITO	13	La festividad indígena dedicada a los muertos ALFONSO NAVER	21	Día de Muertos en Oaxaca MISAEEL SÁNCHEZ
08	Djuna Barnes: Un Destino MARTHA ROBLES				

Las opiniones expresadas por los articulistas son independientes y no reflejan necesariamente el punto de vista de Escribas.

Escribas, Desde las tierras de Pakal, es una revista de publicación mensual. **Noviembre 2025 No. 88** Versión digital disponible www.revistaescribas.com.mx, Editor responsable Ignacio Verástegui Alfonso. Marca con registro ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial. Registro en trámite ante el Instituto Nacional de Derecho de Autor. (ISSN) Domicilio: Nicolas Bravo No. 77 Centro Palenque, Chiapas C.P. 29960. Teléfono 9163480856. Ilustración superior basada en un detalle de la escena de La vasija de Princeton -EL conejo escriba- Mas información en: <http://artmuseum.princeton.edu/collections/objects/32221>



IZAMAL, LA CIUDAD AMARILLA



SOFÍA MIRELES GAVITO

Nació en la ciudad de México el 18 de julio de 1954. Estudió la licenciatura en Filosofía en la UNAM. Fue la primera Directora de la Casa de la Cultura de Tonalá. Ha escrito los libros: "Tonalá, su historia y sus costumbres"; "La Batalla de la Raya de Tonalá 1813" Cronista de la ciudad de Tonalá desde el 2006, miembro de la Asociación de Cronistas del Estado de Chiapas, A.C. y miembro de la Asociación Nacional de Cronistas de Ciudades Mexicanas.

El pueblo mágico de Izamal, Yucatán, también llamada Ciudad de las tres culturas, por el sincretismo entre lo maya, lo español y lo contemporáneo. Su nombre se deriva de la palabra Itzamná o Zamná que significa "rocío que cae del cielo" y hace referencia al dios maya de la sabiduría, considerado como maestro instructor de los antiguos pobladores de esta tierra. Izamal fue el centro ceremonial más importante de toda la región maya en tiempos ancestrales.

En agosto del 2018 visite Izamal, y estando en esta ciudad, aproveche para visitar al cronista de Izamal, el Dr. Miguel Vera Lima, quien se ofreció a mostrarme los lugares más destacados del lugar. Me llevó al Convento de San Antonio de Padua, me explicó ampliamente la historia del convento, del templo y su interior: su retablo, igualmente me platicó sobre la Virgen de Izamal.



El Dr. Miguel Vera me presentó a su esposa e hijas; las cuales, me atendieron de maravilla, y me obsequiaron bellos recuerdos del lugar. Después, el Dr. Miguel Vera Lima, me mostró el Centro Estatal de Capacitación, Investigación y difusión humanística (CECIDHY), que fue creado por decreto del 7 de marzo del 2014, con el objeto de preservar y fortalecer las diversas identidades de una entidad multicultural como es el Yucatán contemporáneo.

La ciudad de Izamal está ligada a una fuerte tradición religiosa desde la época prehispánica como un gran centro ceremonial. Sus primeros asentamientos se remontan desde el preclásico superior (350 A.C- 150 A.C) hasta nuestros días. Su máxima expansión se dio en el protoclásico (150 A.C-250 D.C), periodo en el que los edificios monumentales alcanzaron su mayor volumen constructivo; y se mantuvo esta hegemonía hasta el clásico temprano (250 D.C.- 600 D.C.). La ciudad de Izamal fue fundada por los franciscanos en 1549; y ese mismo año se le destinó a Fray Diego de Landa por fraile morador de este lugar.



Estatua del Papa Juan Pablo II

El carácter sagrado de Izamal y la fuerza religiosa que representaba fueron aspectos importantes que motivaron a los frailes para instalar allí un importante centro religioso. Entre las enseñanzas que los franciscanos propagaron, destaca el culto a la Virgen de la Purísima Concepción. En 1560, Fray Diego de Landa viaja a Guatemala, donde consiguió del escultor Juan de Aguirre, la realización de dos esculturas talladas en madera de la Virgen María, eran dos imágenes idénticas, una fue destinada para



Izamal, y la otra fue llevada para el Convento de la misma orden franciscana en Mérida. Cuando el 17 de abril de 1829, un incendio consumió la imagen de Nuestra Señora de Izamal, se trajo por petición especial del pueblo izamaleño, la otra imagen de la Virgen que estaba en Mérida. Muchos son los favores que el pueblo yucateco le agradece a esta imagen, como son: cuando en 1648 una epidemia de fiebre amarilla afectó a la población yucateca, los católicos pidieron se llevase a la imagen de La Señora de Izamal a Mérida para rezarle y solicitar que interviniese para aplacar la calamidad que azotaba la provincia. Se cuenta con el registro de otros viajes de la virgen hacia Mérida en 1730, 1744 y 1769.



El registro histórico de la devoción e importancia de la Señora de Izamal a través de los siglos – y de su santuario como centro de peregrinaje-, es la llegada del Papa Juan Pablo II a Izamal el 11 de agosto de 1993. La Virgen de Izamal es la reina y patrona del pueblo católico de Yucatán. Por último, Izamal fue declarada pueblo

Retablo mágico en el año del 2002. Y realmente, esta ciudad tiene un encanto especial, por el color amarillo y blanco, pintado en el Convento y en muchos edificios del centro, dándole a la ciudad un toque muy particular que la hace única, y por lo mismo, la llaman la ciudad amarilla.





DJUNA BARNES: UN DESTINO



MARTHA ROBLES

Nació en Guadalajara, Jalisco. Autora de ensayos, novelas, cuentos y prosas. Licenciada con Mención Honorífica en Sociología por la UNAM; Especializada en Desarrollo Social Urbano por el Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda; Maestra en Letras Hispánicas con Mención Honorífica y Medalla Gabino Barreda por la UNAM. Su página digital es: martharobles.com

No encontré título más hermoso en la portada de un libro que *Nightwood* y, desde la primera página, me pareció promisorio: Djuna Barnes, la del nombre raro, estaba en el fraseo que sin ser el del verso -como escribiría T. S. Eliot-, transmitía tal vitalidad que hace décadas, cuando la descubrí, me apuré a buscarla para que a mí también y como se pudiera, me contara de la noche.

Al paso de las páginas confirmé que poco o nada le importó a esta originalísima mujer escribir un relato de sí para satisfacer a los demás porque ella era, como los atribulados que poblaron sus dibujos y sus páginas, “un alma hablando consigo misma en el corazón de la noche”.

Melancólica vitalicia, la libertad fue su pasión y su condena. Amante infortunada, persiguió lo absoluto y falló. El Hado le dio la gracia de la genialidad, pero le negó el sosiego y ser amada por sobre todo. Su atípico padre se encargó de sembrarle la amargura depresiva que la acompañó hasta la muerte al violarla a sus dieciséis de edad. Se dice que si no fue él “para introducirla en los placeres del boudoir”, quizás un vecino mayor o el hermano de una de sus amantes, lo que se antoja improbable. Tanto el músico fracasado, polígamo, mantenido, abandonador y pintor Wald Barnes, nacido Henry Aaron Budington, como la aún más irreverente y adelantada abuela Zadel Barnes -periodista inglesa, sufragista, culta y recia defensora del amor libre-, se encargaron de transmitirle su devoción por el arte y el libre pensamiento educándola en casa. Más borrosa, su madre violinista tampoco era ajena a las inclinaciones libertarias. Rodeada de intelectuales desde la cuna, a la voz de “si no me contratan serían unos tontos”, desde su adolescencia colaboró en las principales revistas neoyorquinas con reportajes, relatos y entrevistas que ilustraba ella misma.

Inestabilidad y talento creador eran sinónimos en su entorno. Absorbió la sofisticación y ruptura de normas que abundaban en la cabaña de troncos donde, con un montón de hermanos y medios hermanos, observaba el Río Hudson desde lo alto de la Storm King Mountain, donde vivían en una especie de comunidad bohemia o antecesora del hippismo. Era un hogar sórdido no sólo por la poligamia paterna, sino por el repudio a los “convencionalismos burgueses” que agravó la precariedad familiar y la inclinó al alcoholismo al grado de tener que hospitalizarse en varias ocasiones hasta que, hacia la mitad de su vida y tras un largo periodo de sequedad literaria, un día sustituyó la botella por el tintero y con dificultad se apuró a acumular borradores con menos fortuna que la adquirida en *El bosque de la noche*: obra maestra que, más allá de romper tabúes sobre la homosexualidad,



disecciona el alma humana. Tan espléndidos como torturados, sus personajes vagan sin rumbo a través de la noche en busca de satisfacción donde la encuentren o colgados -como Nora- de la felicidad que pudiera ir robando a los otros.

Desde compartir la cama y tanteos sexuales con la abuela, hasta el simulacro de matrimonio que a sus 18 de edad no duró ni dos meses con el editor Percy Faulkner, hermano de Fanny, amante de su padre, su inusual vida fue el germen de sus letras. En sus misivas desenfadadas que intercambió con Zadel dejó caer datos reveladores sobre su peculiar intimidad compartida. A fines de los años veinte se retrató como la mujer Tom Jones de su tiempo en *Ryder* y treinta años después -hacia 1960-, demostraría en *The Antyphon* -una difícil obra de teatro en verso y con pretensión de tragedia-, que no hubo episodio, etapa o punto de vista en su biografía que se alejara del lado oscuro.

Hay vidas a las que no les está dado el reposo. Lo extraordinario es extraer siquiera una joya del fondo senagoso. Djuna Barnes, inclusive por encima de otras atípicas como Anaïs Nin, Jane Bowles, Clarise Lispector o Carson McCullers, lo logró al atreverse con las honduras del espíritu, donde subyacen los misterios del ser. No quiso

explicarse nada. Sólo, sin más, clavó la mirada y su pluma en las maneras de gastar la vida de los que padecen, sienten y se dejan llevar por la depresión y el *laisse-faire* en su camino a ninguna parte.

Es ocioso pensar que le atraía la ficción, pues el destino le deparó una realidad entretejida de congoja, pasión, rabia, genio, ironía y delirio que supo convertir en sátira. Era tan grande su fascinación por James Joyce, a quien conoció y admiró según consta en la entrevista publicada en *Vanity Fair* en 1922 que, “ante su perfección”, llegó a dudar de su propia escritura. De tendencias suicidas, por más que desafiaba a la muerte ésta de burlaba de sus intentonas. Acaso por compasión o cansancio, a su 90 de edad y con todas las carencias posibles, empezando por su nulo amor propio, la Parca se apiadó de ella en 1982 y dejó que finalmente muriera de inanición. Tal vez se olvidó de comer o, cansada de su longevidad y su enojo, decidió que ya no cabía ninguna apetencia en su cuerpo disminuido. Murió seca como palo, después del aislamiento que sostuvo con ferocidad durante cuarenta y un años, confinada en su apartamentito alquilado de 5 Patchin Place, en el corazón del Greenwich Village neoyorquino.

Es fama que Susan Sontag, “hechizada por la lectura de *Nightwood*”, frecuentaba la zona con la vana esperanza de toparse con “el milagro”. Carson McCullers o Anaïs Nin no se cansaban de llamar a su puerta ni de recibir la misma respuesta que la anciana gritaba desde la ventana: “Quien sea que esté llamando al timbre, que se vaya al infierno”. Nada más atendía su abultada correspondencia para responder a unos cuantos con peticiones de dinero. Por desencanto, sentimiento de fracaso o alguna secreta reacción contra las relaciones tumultuosas se entregó al silencio. No quiso saber más de los placeres que afilaron su ironía y su maravilloso dominio de las palabras. En soledad que muchos consideraron lastimosa, se dedicó a escribir, corregir, reescribir y acumular páginas que no publicó y que con seguridad reflejan el estado de su alma herida.



Todo fue intensidad entre sus 21 y unos cuarenta de edad: etapa en la que formó parte de los expatriados afincados en la *rive gauche* del famoso París de los años veinte. Todos vosotros sois una generación perdida, escribiría Hemingway en el epígrafe de *Fiesta*, en 1926, parafraseando a la mentora Gertrude Stein, quien a su vez parafraseaba a su chófer. Y es que, nacidos en mayoría a fines del XIX, la Primera Guerra Mundial fue el rayo que los marcó para siempre.

Lo cierto es que desubicación e inteligencia congregaban a jóvenes sobrevivientes de la calidad de Dos Passos, Steinbeck, Jean Rhys, Sylvia Beach, Peggy Guggenheim, T. S. Eliot, Ezra Pound, Scott Fitzgerald, el propio Joyce, etc. Con mujeres pensantes, arrojadas y más que adelantadas, Djuna encontró en los cafés, donde todo era más barato, y en el moderno barrio de Saint-Germain-des-Près, el ámbito idóneo para vivir intensamente y expresarse en libertad. No deja de sorprender que sin los alardes ideológicos actuales ni el vocerío con el que los homosexuales hacen valer su protagonismo en nuestro siglo XXI, lesbianas, gays y transgéneros actuaban a sus anchas y a cielo abierto en aquel universo de entreguerras que, de tan plagado de “salones”, excesos y creatividad, aportó a la cultura uno de los grandes capítulos de la literatura moderna.

Sin exceptuar los ocho años compartidos entonces con la escultora Thelma Woods -el amor de su vida-, su bisexualidad fue un río vertiginoso en el que abundaron amantes peregrinos, el desamor y la vitalicia falta de dinero. Djuna fue singular de punta a punta: sofisticada, bohemia, elegante y talentosa al grado de convertir el enojo y la agonía en oro puro. A pesar de ser reconocida como la más misteriosa y vanguardista anglo-estadounidense que halló en la libre expresión su verdadera patria, decidió anticiparse a las etiquetas, que tanto aborrecía, al definirse a sí misma como “la escritora desconocida más famosa del siglo XX”. Se lo dijo su madre al ver su doloroso desgarramiento cuando su adorada amante la abandonó por otra mujer: “tu mayor don consiste en embellecer el horror”.



Y ella, ebria de alcohol y abatimiento, era una pura congoja cuando su querida protectora y mecenas, Peggy Guggenheim, la llevó a vivir entre 1932 y 1933 a Hayford Hall, en Devon, al que los amigos renombraron Hangover Hall o Salón de la resaca, por obvias razones. Allí y en medio de la intensa actividad social de la famosísima coleccionista y protectora de artistas, Djuna escribió *Nightwood* como una errabunda que, inclusive entre las páginas, perseguía a la causante de su tortura aun a sabiendas de que no habría regreso.

Al filo de la Segunda Guerra Mundial se había disipado su mundo, los amigos se habían marchado y para ella no quedaba más que la memoria para llevarse consigo, en 1939, el saldo de lo vivido a su Nueva York natal. Decidida a no asomar más la nariz, la oscuridad la habitó y, aunque confesara que “sólo recibía o escribía a los muy conocidos”, la verdad es que detestaba a la gente tanto como a los elogios y comparaciones con los más grandes por parte de quienes la consagraban como la Garbo de las letras o cabeza de las autoras lesbianas.

Desde las circunstancias de su nacimiento en Cornwall-on-Hudson, en 12 de junio de 1892, quiso el destino que el precio de su talento fuera vivir hasta los 90 de edad a contracorriente, carente de apetito, sin merma de su carácter transgresor y sin renunciar un solo día al afán de descubrir, desafiar y saber sin que nada violentara su libertad. La rebeldía fue eje de su carácter y complemento de la curiosidad intelectual que la convirtió en una escritora fuera de serie, cuya buena pluma y forma de ver y entender la pasión nocturna la llevó a crear el bosque donde vagan los atribulados. Por la riqueza de imágenes, el poder de sugerir y “la asombrosa capacidad de expresión” T. S. Eliot, en 1937, la consideró “el genio más grande de nuestros días”.

Hay mujeres que parecen haber nacido para la intemperie y vidas que no encajan en clasificaciones ociosas. Para ellas, de espaldas a best sellers y multitudes, la literatura era refugio y campo de batalla. Djuna Barnes fue un alma errante que hizo de la escritura no una profesión, sino un destino.

Septiembre 14, 2025





NEZAHUALCÓYOTL YO PREGUNTO

Yo Nezahualcóyotl lo pregunto:

*¿Acaso de veras se vive con raíz
en la tierra?*

*Nada es para siempre en la tierra:
Sólo un poco aquí.*

*Aunque sea de jade se quiebra,
Aunque sea de oro se rompe,
Aunque sea plumaje de quetzal
se desgarrá.*

*No para siempre en la tierra:
Sólo un poco aquí.*





LA FESTIVIDAD INDÍGENA DEDICADA A LOS MUERTOS



ALFONSO NAVER

Fundador del periódico “Antena” del Oriente de Michoacán, columnista en “Diario Amanecer” del Estado de México, cofundador de la revista “Vasos Comunicantes” en la Ciudad de México.

Para los pueblos indígenas de México localizados en la región centro-sur del país, el complejo de prácticas y tradiciones que prevalecen en sus comunidades para celebrar a los muertos o antepasados constituye una de las costumbres más profundas y dinámicas que actualmente se realizan en dichas poblaciones, así como uno de los hechos sociales más representativos y trascendentes de su vida comunitaria. En las regiones maya, nahua, zapoteca y mixteca, por ejemplo, dicha celebración no sólo tiene relevancia en la vida ceremonial y festiva de los pueblos, sino que su propia naturaleza la coloca como uno de los núcleos centrales tanto de la identidad y la cosmovisión de cada grupo, como de su vida social comunitaria. En el imaginario colectivo, las celebraciones anuales destinadas a los muertos representan de igual manera

un momento privilegiado de encuentro no sólo de los hombres con sus antepasados, sino también de los integrantes de la propia comunidad entre ellos. Por ejemplo, en los vecindarios urbanos o en las localidades más apartadas, durante varios días, suelen tener lugar diversos encuentros, ya sea de carácter preparatorio o de índole ritual, que propician numerosas interacciones de grupos, de familias o de comunidades enteras entre sí y con sus muertos.

En tal sentido, dichos espacios temporales constituyen un momento del año en que esta integración se logra y permite reunir, de facto,

manifiesto un amplio horizonte de concepciones que se ha enriquecido a lo largo de los siglos, tanto con las aportaciones de más de 60 grupos indígenas que tienen y han tenido presencia ininterrumpida en casi todas las regiones de la nación, como con aquellas aportaciones provenientes de las culturas africanas, asiáticas y europeas y que han dejado su impronta en México. Es necesario recordar aquí que, mientras en la región huasteca los nahuas reciben a sus muertos en medio de expresiones festivas casi de carácter carnavalesco, entre los chontales de Tabasco los muertos permanecen un mes en las comunidades, participando de los ritos domésticos de manera



a las comunidades reales e imaginadas —las de los muertos— de vastas regiones del país. Los estudios históricos y antropológicos han permitido constatar que las celebraciones dedicadas a los muertos no sólo comparten en México una profundidad histórica que pone de manifiesto su inveterada tradición secular, sino también su diversidad contemporánea de manifestaciones, en razón de la pluralidad étnica y cultural sobre la que se sustenta el país. Esta diversidad de prácticas y creencias pone de

intimista y familiar, lo que pone frente a nosotros la solemne actitud que la cultura maya de las tierras bajas ha mantenido para recordar a sus antepasados. Desde otro ángulo, vale la pena señalar aquí que el complejo cultural en torno a los muertos ha materializado en los diferentes ámbitos culturales de la República Mexicana una arquitectura simbólica y ritual que se expresa en infinidad de manifestaciones plásticas, muchas de ellas de carácter “efímero”, como los esplendorosos arcos de cempoalxúchitl (flor simbólica de la celebración) y las representaciones cosmogónicas implícitas en el

arreglo y la lógica de las ofrendas; en la culinaria ceremonial; en la organización de los espacios rituales, así como en la danza, la música y el canto.

Comunidades

Las festividades indígenas en torno a los muertos se llevan a cabo en 41 grupos étnicos de México, entre los cuales se encuentran los amuzgos, atzincas, coras, cuicatecos, chatinos, chichimecas-jonaz, chinantecos, chocho-popolocas, choles, chontales (de Oaxaca y Tabasco), huastecos o teneek, huaves, huicholes, ixcatecos, ixiles, jacaltecos, matlatzincas, mayas, lacandones, mayos, mazahuas, mazatecos, mixes, mixtecos, motozintlecos, nahuas, pames, popolucas, purépechas, tepehuas, tepehuanos, tlapanecos, tojolabales, totonacas, triques, tzeltales, tzotziles, yaquis, zapotecos y zoques.

Situación geográfica de la forma de expresión cultural

Las celebraciones indígenas en torno a la muerte tienen lugar en un grupo de territorios localizados en la región centro-sur de México, donde son compartidas con poblaciones no indígenas que habitan de manera conjunta en estos mismos espacios.

En términos generales puede considerarse que estas manifestaciones culturales son asumidas por cerca de cinco millones 872 mil indígenas que habitan en los territorios señalados, los cuales representan aproximadamente un 97.2%, del total de la población indígena del país (si partimos de contabilizar a los hablantes de lenguas indígenas reportados en el Censo Nacional de Población 2002).

Situación geográfica de las comunidades interesadas

Los pueblos indígenas que reproducen la tradición cultural de celebraciones a los muertos se



encuentran localizados en áreas específicas de 20 de los 31 estados que integran la República Mexicana, además del Distrito Federal: Campeche, Chiapas, Durango, Estado de México, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, Michoacán, Morelos, Nayarit, Oaxaca, Puebla, Querétaro, Quintana Roo, San Luis Potosí, Tabasco, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán y Zacatecas.

Periodicidad de la forma de expresión cultural

Generalmente las celebraciones indígenas en torno a los muertos se llevan a cabo los últimos días del mes de octubre (del 25 al 30) y los primeros de noviembre (del 1 al 3). Sin embargo, existen poblaciones indígenas en las que dichas festividades llegan a extenderse a lo largo de todo el mes de noviembre, como en el caso de los chontales de Tabasco, o se constriñen a periodos muy reducidos de dos días al inicio del penúltimo mes del año.

A pesar de sus diferencias culturales, que se revelan en una gran variedad de lenguas y costumbres, los pueblos indígenas de México comparten la historia de dos tradiciones que confluyeron en el siglo XVI, cuando la expansión española hizo posible el encuentro de dos mundos. En

ambos extremos del Atlántico, los efectos de ese encuentro inicial han sido hasta hoy múltiples y profundos. Para los pueblos indígenas, sin embargo, han significado la unión de dos culturas que se integraron hasta llegar a confundirse, produciendo nuevas formas de diversidad cultural que hoy forman parte del patrimonio intangible de México.

La fiesta del Día de Muertos es uno de los múltiples efectos del encuentro de dos mundos. En México, sin embargo, ha sido también la causa y el origen de una enorme variedad de expresiones culturales que giran en torno a esta celebración anual. Los estudios históricos y antropológicos han permitido constatar que las celebraciones dedicadas a los muertos no sólo comparten una antigua práctica ceremonial donde conviven la tradición católica y la tradición precolombina, sino también una diversidad de manifestaciones que se sustentan en la pluralidad étnica y cultural del país.

Las representaciones en torno a los muertos han dado lugar a una arquitectura simbólica y ritual que se expresa en una infinidad de obras plásticas, objetos artesanales y muestras del arte efímero que se producen en las distintas regiones indígenas.

La riqueza cultural de estas celebraciones reposa también en las creaciones artísticas que músicos, pintores y poetas mexicanos han generado en los últimos siglos, aportando al mundo una obra de singular valía como la que se encuentra contenida en la producción gráfica de José Guadalupe Posada, en la literatura académica de Octavio Paz y en la poesía de José Gorostiza.

El repertorio es extenso e innumerable, pero en conjunto muestra hasta qué punto la fiesta del Día de Muertos ha sido una referencia constante en campos tan heterogéneos como la lírica y la danza, la artesanía y la narrativa popular. El conjunto de prácticas y tradiciones que



prevalecen en torno a las celebraciones dedicadas a los muertos, tanto en las ciudades como en un gran número de poblaciones rurales, hoy constituye una de las costumbres más vigorosas y dinámicas de México. No obstante, si bien la celebración es parte de una cultura nacional que se extiende hacia ambas fronteras del país y se reproduce entre la población mexicana que hoy reside en los Estados Unidos, su origen y su desarrollo están invariablemente ligados a las concepciones indígenas que le dieron cabida y promovieron su difusión a lo largo del territorio mexicano. Es en el ámbito del “México profundo”, como lo llamó Guillermo Bonfil, que la fiesta del Día de Muertos encuentra su expresión más definida y revela con mayor claridad los principios básicos de un patrimonio cultural intangible.

En la imaginación colectiva, las celebraciones anuales en torno a los muertos representan un momento privilegiado del encuentro de los indígenas con sus antepasados, pero también de los hombres entre sí. Ya sea en vecindarios urbanos o en las pequeñas localidades del país, durante los últimos días de octubre y los primeros de noviembre



tienen lugar diversos encuentros ceremoniales entre grupos, familias y comunidades enteras que se relacionan a través de un culto compartido. En las comunidades indígenas de México, la fiesta del Día de Muertos es a su vez una zona de tránsito entre una época de profunda escasez y un periodo de relativa abundancia. En las regiones de Guerrero, Oaxaca o Chiapas, las comunidades pasan durante este tiempo del crecimiento a la cosecha del maíz, el cereal que desde la época prehispánica ha constituido su principal fuente de alimento.

De ahí que la fiesta de los muertos sea también un festival de la cosecha dedicado a compartir con los ancestros el beneficio de los primeros frutos. Los principios de reciprocidad que rigen entre los hombres y sus ancestros convierten a las ofrendas del Día de Muertos en una retribución simbólica, ya que el ciclo agrícola del maíz sería inconcebible sin la intervención de los antepasados. Unido a una concepción cíclica de la vida y la muerte, el pensamiento indígena se organiza como una visión sumamente elaborada del cosmos que encuentra en la fiesta de los

muertos el espacio más propicio para expresarse. Para pueblos que provienen de una matriz cultural muy antigua, la fiesta de Todos Santos y Fieles Difuntos que se conmemora en gran parte del mundo occidental, ha terminado por concebirse como un patrimonio propio. Sus manifestaciones actuales, que afectan a la identidad mexicana en su conjunto, son también un ejemplo de esa diversidad cultural que ha sostenido el éxito de las civilizaciones.

Calendario no oficial del Día de Muertos

En México, el Día de Muertos no se limita al 1 y 2 de noviembre. En muchas regiones, especialmente en comunidades con fuerte arraigo indígena o popular, la conmemoración se extiende desde el 28 de octubre, dedicando cada día a distintos tipos de almas. Este calendario no oficial, pero profundamente sentido, refleja una cosmovisión donde la muerte no es fin, sino tránsito, y cada alma merece su momento de recuerdo.

28 de octubre: se honra a quienes murieron de forma trágica o violenta, como víctimas de accidentes o crímenes. Se les recibe con veladoras encendidas desde temprano, pues se cree que su tránsito es más doloroso.

29 de octubre: día dedicado a las almas de los ahogados. Se colocan ofrendas con agua, velas y flores blancas, símbolos de purificación y consuelo.

30 de octubre: Se recuerda a las almas olvidadas, aquellas que no tienen familia que las nombre. En algunos altares se incluye una vela extra “para el alma que no tiene quien le rece”.

31 de octubre: Día para los niños no bautizados y los no nacidos. Se les honra con juguetes, flores pequeñas y dulces, reconociendo su breve paso por el mundo.

1 de noviembre: Día de Todos los Santos, dedicado a los niños y jóvenes fallecidos. Las ofrendas

incluyen sus comidas favoritas, papel picado de colores vivos y objetos que evocan alegría.

2 de noviembre: Día de los Muertos propiamente dicho, reservado para los adultos. Las ofrendas se tornan más solemnes, con platillos tradicionales, copal, fotografías y recuerdos familiares.

Este calendario afectivo no está registrado en documentos oficiales, pero vive en la práctica cotidiana de miles de familias. Es una forma de dar nombre, rostro y fecha a cada tipo de ausencia, y de reafirmar que en México, la memoria es una forma de presencia.

CHIAPAS

Chiapas cuenta con 15 regiones y cada una tiene su particularidad para celebrar el Día Muertos donde mezclan, principalmente, el misticismo de la cultura maya, como una forma de abrir las puertas del cielo para honrar a sus difuntos. Los festejos más atractivos para el turismo son las de San Juan Chamula y Zinacantán.

San Juan Chamula

El Día de Muertos en Romerillo, comunidad del municipio de Chamula, es una de las tradiciones más vivas y profundas dentro de la cultura Tzotzil en la que se recuerda a los seres queridos. Esto se manifiesta en sus elementos rituales y el sincretismo entre las creencias indígenas y las prácticas católicas, prueba de ello es la Danza del Mono, ritual que simboliza la comunicación entre el mundo de los vivos y los difuntos.

El cementerio cuenta con 22 grandes cruces de madera que según la tradición protegen las almas de los difuntos y sirven para delimitar el área que pertenece a cada pueblo indígena. Durante estos días el camposanto se transforma



por las flores de cempasúchil llevadas por los visitantes que crean un paisaje de colores dorados y naranjas. Las ofrendas están basadas en productos comestibles, principalmente el maíz que se colocan cuidadosamente sobre las tumbas. Además se colocan los objetos personales de los difuntos, fotografías, ropa o herramientas como muestra de respeto y cariño hacia sus seres queridos fallecidos.

En esta región la festividad recibe el nombre de K' santo o Fiesta de Todos los Santos. El primero de noviembre de cada año, los chamulas llaman a sus seres queridos a este plano de existencia, invitándoles a una fiesta en su honor. Para después despedirlos, el día dos, y regresen al lugar de las almas, el K'atin Bak o 'lugar de los huesos ardientes'.

Está prohibido hacer las tumbas con concreto para estar más en contacto con la tierra y a su vez están cubiertas con “juncia”, las hojas de los árboles de pino u ocote que aromatizan el ambiente. El cementerio de San Juan Chamula se encuentra en un cerro rodeado de las ruinas de la antigua iglesia de San Sebastián. Sus tumbas están sobre la tierra, cubiertas de montículos y adornadas con cruces de colores que indican la edad del difunto (blanca para niños, verde para adultos, negra para ancianos).

Zinacantán

Los tzotziles de Zinacantán celebran el Día de Muertos: el K'in Ch'ulelal o K'in Santo, conocido como “La fiesta de las almas”. Esta ceremonia se lleva a cabo el 1 y 2 de noviembre, como un homenaje a los difuntos y un reencuentro espiritual en el que las almas de los antepasados regresan al mundo terrenal para estar junto a sus seres queridos. El municipio es reconocido por su producción florícola, lo que transforma cada 1 y 2 de noviembre en un espectáculo floral ya que el panteón del lugar se convierte en un mosaico de colores porque



cada tumba es adornada con cientos de flores cultivadas por las mismas familias del lugar. La celebración se completa con la comida (tamales) y la bebida tradicional, el Pox (bebida alcohólica de maíz fermentado), que fluyen entre los asistentes, tanto vivos como espirituales, durante los festejos.

San Juan Chamula y Zinacantán son dos pueblos hermanos, pero diferentes entre sí en las formas de recordar a sus muertos.

CAMPECHE

Pomuch, el pueblo que en el Día de Muertos limpian los huesos de sus difuntos

La localidad de Pomuch, municipio de Hecelchakán, Campeche. Según el censo de 2020 tiene 9,607 habitantes y está a 8 metros de altura. Dentro de todos los pueblos del municipio, ocupa el segundo lugar en cuanto a número de habitantes. El pueblo de Pomuch está situado a 6.1 kilómetros de Hecelchakán, que es la cabecera municipal. Tiene un 64.87% de población indígena. El nombre de Pomuch, proviene de los vocablos mayas Poc (tostado) y Much (sapo) “Sapo tostado”.

Pomuch se distingue por la manera en que celebran el Día de Muertos. Desde mediados de octubre, de cada año, parientes de los fallecidos acuden para hacer la limpieza de huesos de sus difuntos y tenerlos listos para el 31 de octubre y 1 de noviembre, días en los que se cree que regresan los niños y los adultos respectivamente. Este ritual, que en maya se conoce como Choo Ba'ak, se celebra en el pueblo desde hace al menos 150 años, según el promotor local de esta tradición Hernesto Pool quien explica que basados “en la cosmología maya, que aseguraban que los muertos tenían más allá de una vida. Con esta tradición de tenerle culto a los muertos, entendemos que existe vida después de la muerte,



que existe el paso del inframundo y luego regresa de nuevo”. Añade que “Con la limpieza es como si se les bañara y con el nuevo paño es como cambiarles la ropa, porque están a punto de venir de visita y tienen que estar preparados. Las veladoras se ponen para que vean el camino y puedan regresar con nosotros” Las familias conversan tranquilamente entre sí mientras realizan la limpieza. La mayoría trae flores y velas para adornar el nicho y también bellos paños bordados o pintados con flores y el nombre del difunto, sobre el que reposarán los huesos limpios y que permitirá retirar el usado el año anterior. Venancio Tuz, sepulturero del cementerio, dice que: “El orden para limpiarlos es como si ellos estuvieran parados (de abajo para arriba. Por eso a los lados de la caja van las costillas, luego los huesos de pierna y brazos, y lo último es el cráneo que va arriba en el centro. El cabello, como ve, nunca se pierde”, cuenta que al menos deben pasar tres años desde la muerte de la persona para poder realizar la primera limpieza de huesos, una vez que el cuerpo se ha descompuesto.

La visita a este cementerio está marcada también por los alegres y llamativos colores que decoran los nichos, muchos de los cuales son pintados de nuevo antes del Día de Muertos.

Ligia Pool, asiste a la limpieza de los huesos de su hija, fallecida recién nacida hace tres décadas. “Platicamos con ellos, es como si los tuviéramos con nosotros. Murió su cuerpo, pero la persona sigue con nosotros y estos días son para festejarlos a ellos. Por eso los padres inculcamos esta tradición a los hijos, yo le digo a la niña: ‘esta es tu hermana, aquí está con 30 años, como si fuera ayer...’”, dice.

Hernesto Pool asegura que en Pomuch no se adora a la muerte, se le respeta y se da el valor que merece, que es el paso de la vida”. Concluye señalando que “...yo creo que los muertos de Pomuch no mueren hasta que nosotros los olvidamos. Por eso la importancia de esta tradición”.

Referencias:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos 16 La festividad indígena dedicada a los muertos en México. Septiembre de 2006
- Excelsior. Sin maquillaje. Alfredo La Mont III, 1 noviembre 2025
- Diario del Sur 28 de octubre de 2024
- BBC NEWS 1 noviembre 2021



DÍA DE MUERTOS EN OAXACA



Todos Santos en Oaxaca: Crónica de altares, duelo y memoria en tiempos de manteles largos



MISAEEL SÁNCHEZ

Periodista oaxaqueño con más de treinta años de experiencia profesional. Experto en crónica y reportaje, es reportero de la Agencia Oaxaca Mx

En Oaxaca, cuando el décimo mes del año se despedía con olor a cera derretida y pan recién horneado, Miguel, entonces un niño de ocho años, sabía que había llegado Todos Santos. No por el calendario, ni por los anuncios del mercado, sino por el silencio solemne que se instalaba en las casas. Las mujeres lavaban los pisos con vinagre y albahaca. Los hombres colgaban mantones en las ventanas. Los niños eran peinados con esmero. Todos estrenaban ropa. No era fiesta. Era ceremonia.

En la década de los cincuenta, la muerte no era espectáculo, como ahora. Era presencia. En Pochutla, donde Miguel vivía con sus abuelos, los altares se levantaban como fortalezas domésticas. Se colocaban sobre mesas de madera, cubiertas con manteles bordados, encajes heredados,



servilletas de lino. En el centro, una cruz de carrizo. A los lados, veladoras de sebo, copal, flores de cempasúchil, terciopelo y nube. Panes redondos con huesos de azúcar. Calaveras con nombres escritos en la frente. Frutas de temporada: tejocotes, mandarinas, plátanos, guayabas. Tamales de mole, de frijol, de chepil. Calabaza en dulce. Atole de masa. Chocolate espumoso. Mezcal en copas de barro. Y en lo más alto, las fotografías de los muertos. No como adorno. Como testigos.

Miguel recuerda que, en esos días, la casa se transformaba. Se cocinaba para toda la semana. Se dormía poco. Se lloraba mucho. Las mujeres rezaban el rosario doloroso. Los hombres contaban historias. De muertos recientes. De muertos antiguos. De muertos que habían sido cristeros, zapatistas, villistas, carrancistas. De muertos que no tenían tumba. De muertos que habían muerto sin confesión. De muertos que volvían cada año, puntuales, a cenar con los vivos.

En el patio, los niños jugaban a esconderse entre los arcos de flores. Pero sabían que, a las doce de la noche, debían guardar silencio. Porque las ánimas llegaban. No como fantasmas. Como familia. Se les dejaba comida. Se les encendía

luz. Se les abría la puerta. Y se les pedía perdón. Miguel aprendió que Todos Santos no era una fiesta prehispánica. Era una ceremonia colonial. Cristiana. Francesa. Española. Italiana. Que los altares no eran mexicas. Eran europeos. Que los dulces no eran indígenas. Eran alfeñiques. Que los panes no eran rituales. Eran reliquias comestibles. Que las calaveras no eran ofrendas. Eran exvotos. Que los manteles no eran decorativos. Eran símbolos de indulgencia. En la iglesia del pueblo, el 1 de noviembre, se exhibían reliquias. Huesos de santos. Astillas de la cruz. Espinas de la corona. Se rezaba por los mártires. Se pedía indulgencia. Se acumulaban minutos de perdón. Se evitaba el infierno. Se negociaba el purgatorio. Se compraban misas. Se ofrecían sufragios. Se anotaban nombres en el Rollo de los Muertos. Qué no?

El 2 de noviembre, se visitaban los panteones. No como paseo. Como procesión. Se llevaban flores. Se llevaban veladoras. Se llevaban comida. Se llevaban pulque. Se comía sobre las tumbas. Se bebía junto a los sepulcros. Se calificaban los altares. Se lucían las hijas. Se presumían los mantones. Se comparaban los candelabros. Se juzgaba el gusto. Se lloraba. Se reía. Se cantaba. Se bebía. Se vivía.

Miguel recuerda que, en esos días, la muerte era humana. No era espectáculo. No era folclor. No era turismo. Era duelo. Era memoria. Era gastronomía. Era política. Era religión. Era economía. Era clase social. Era identidad.

Hoy, Miguel camina por los mercados de Oaxaca y ve altares con luces LED, calaveras chinas de plástico, panes industriales, flores artificiales. Ve turistas tomándose fotos. Ve niños disfrazados de Halloween. Ve ofrendas patrocinadas. Ve concursos de altares. Ve festivales de muertos. Y se pregunta cuándo se convirtió la muerte en espectáculo.

Pero cada año, en su casa, Miguel vuelve a levantar el altar. Con carrizo. Con cempasúchil. Con pan de muerto. Con mezcal. Con lágrimas. Con silencio. Con memoria. Porque sabe que Todos Santos no es una fiesta. Es una conversación con los muertos. Y él tiene mucho que decirles.

Cempasúchil, color y aroma del Día de Muertos

En Oaxaca, cuando octubre se desangra en luz dorada, sé que ha llegado la temporada de muertos. No por superstición ni por calendario, sino por el olor. El cempasúchil empieza a brotar en los huertos, en las milpas, en los solares, en los bordes de los caminos. Es un olor seco, cítrico, terroso. No es perfume. Es señal.

Lo he visto florecer en los Valles Centrales, en Zaachila, en Mitla, en Huixtepec. Lo he olido en la Mixteca Alta, en Huajuapán, en Cuautepéc. Lo he tocado en la Sierra Norte, en Ixtlán, en Yacochi. Lo he fotografiado en la Sierra Sur, en Tepuxtepec. Lo he comprado en la Cuenca del Papaloapan, en Rancho Alegre, en Jacatepec. Lo he sembrado en la Costa, en Chiltepec. Y lo he visto morir en el Istmo, cuando el granizo cae sin aviso y arrasa los campos.



La flor de muerto no es una sola. Hay hembra y macho. Hay flor doble y flor sencilla. Hay Tagetes erecta, lunulata, patula, lucida. Hay flor silvestre y flor cultivada. Hay flor que se siembra en almácigo y se trasplanta, y hay flor que se lanza al voleo en la tierra húmeda. Hay quien la siembra en surco, con azadón, y quien la deja crecer entre el maíz, como compañera de cosecha.

Además del cempasúchil, en los altares de Día de Muertos en Oaxaca se entrelazan otras flores que también tienen voz en el ritual. La flor de terciopelo, conocida como cresta de gallo, aporta su textura rugosa y su rojo profundo como símbolo de sangre y vida. La nube, con sus diminutos racimos blancos, representa la pureza de los niños difuntos, los angelitos. La flor de mano de león, de pétalos anchos y color encendido, se coloca en los extremos del arco para

resaltar la ofrenda. También se usan gladiolas, lirios, alhelíes y crisantemos, cada uno con su carga simbólica, su aroma y su color. En algunas regiones, como la Sierra Mazateca, se recolectan flores silvestres como la cimpitela, que crecen entre las milpas y se integran al altar como si fueran parte del monte que los muertos cruzan para regresar. Estas flores no son decoración: son lenguaje, son mapa, son memoria. Y cada una, en su forma y color, ayuda a construir el camino que las ánimas recorren para volver a casa.

En mi casa, el altar empieza a levantarse el 30 de octubre. Primero colocamos los carrizos, formando un arco. Luego amarramos los tallos de cempasúchil, frescos, recién cortados. Después vienen las frutas: naranjas, mandarinas, tejocotes. Luego el pan de muerto, con figuras de animales, de niños, de calaveras. Después los tamales, el mole, los frijoles, el atole, la calabaza en dulce, el chayote hervido, la miel de abeja. Luego las veladoras, el copal, las fotografías, los juguetes, los cigarros, las botellas de mezcal. Y al final, los pétalos. Deshojamos las flores y

formamos un camino desde la puerta hasta el altar. Un camino naranja que guía a las ánimas.

En Mitla, escuché que las tumbas se orientan según la edad del muerto. Los niños, al Este, por donde nace el sol. Los adultos, al Oeste, por donde muere. En las casas, las camas se colocan con la cabecera al Este. Si se pone al Oeste, dicen que el muerto se te carga. En el panteón, los altares se adornan con flores, veladoras y agua bendita. Se reza. Se canta. Se come. Se recuerda.

En Changata, Guerrero, presencié el cultivo de la flor. El fiscal del pueblo pide tierras, prepara el almácigo. Cuando llueve, invita a los vecinos con música. Se trasplanta la flor. Se hace fiesta. Se cortan las flores. Se llevan al templo. Se adornan los altares. Se reparten chiquihuites llenos de fruta, pan, muñecos. Se baila. Se ríe. Se recuerda.

En Hueytamalco, Puebla, vi cómo se sembraba sin surco, al voleo, en parcelas pequeñas. Se cubría con ramas para protegerla. Se regaba con botes perforados. Se cuidaba como se cuida a un hijo. Se cortaba el 31 de octubre. Se colocaba en racimos. Se hacía cruz con los pétalos. Se guiaba a los muertos. En Huajuapán, escuché que las mujeres se soltaban el pelo para sembrar. Decían que así salían flores dobles. Colgaban trapos rojos para evitar el mal de ojo. Guardaban las semillas en la cocina, en bolsas de plástico, en la troje. Esperaban la luna llena para sembrar. La luna nueva para trasplantar. Decían que, si el hombre sembraba solo, salían flores macho. Si sembraba con la mujer, salían flores hembra. Y si salían muchas, era señal de que eran compatibles. Que podían casarse.

En la Sierra Mazateca, vi cómo el cempasúchil se mezclaba con otras flores: mano de león, cimpitela, flor de muerto silvestre. Se hacían arreglos en forma de arco, de cuadrado, de cruz. Se colocaban en la casa, en la iglesia, en el panteón. Se hacían



caminos de pétalos. Se encendían veladoras. Se quemaba copal. Se rezaba. Se esperaba.

En la Costa, probé tamales de flor de muerto. En la Cuenca, bebí infusión de pétalos. En los Valles Centrales, vi cómo se usaba como colorante, como repelente, como abono. En la Sierra Norte, escuché que el aroma era alimento para los muertos. Que el color era guía. Que la forma era símbolo. Que la flor era mensaje.

La flor de cempasúchil no es adorno. Es código. Es lenguaje. Es historia. Es ciencia. Es ritual. Es política. Es resistencia. Es memoria. Es cuerpo. Es territorio. Es calendario. Es medicina. Es alimento. Es perfume. Es frontera. Es puente.

Lo sé. Lo he vivido. Lo he sembrado. Lo he cortado. Lo he deshojado. Lo he ofrecido. Lo he llorado. Lo he contado.

Y cada año, cuando octubre se desangra en luz dorada, vuelvo a hacerlo.

Día de Muertos en Oaxaca y todo México

A menos de dos semanas del Día de Muertos, las calles de Oaxaca comienzan a transformarse. No es un cambio abrupto ni una imposición comercial. Es una transición que ocurre con la naturalidad de lo que se ha hecho siempre. Las casas se abren, los altares se levantan, las flores se cortan, los mercados se llenan de pan, velas, papel picado y frutas de temporada. La ciudad se prepara, sí, pero también lo hacen los pueblos, las agencias, las comunidades que no aparecen en los folletos turísticos, pero que sostienen con firmeza el corazón de esta celebración.

El Día de Muertos en México no es un espectáculo. Es una práctica viva, compleja, profundamente arraigada en la historia indígena



y en la memoria colectiva. Es una fecha que no se limita al calendario oficial del primero y dos de noviembre. En muchas regiones, el ciclo ritual comienza desde mediados de octubre y se extiende hasta bien entrado el mes. En Oaxaca, por ejemplo, hay comunidades donde los preparativos inician con semanas de antelación, cuando se siembran las flores de cempasúchil, se seleccionan las semillas de calabaza para los dulces y se limpian los caminos que conducen al panteón.

Hablar del Día de Muertos en Oaxaca es hablar de una diversidad de formas, tiempos y sentidos. En los Valles Centrales, las familias levantan altares de varios niveles, decorados con velas, frutas, pan de yema, mezcal, fotografías y objetos personales de los difuntos. En la Mixteca, los altares se acompañan de rezos comunitarios, música tradicional y visitas al panteón que duran toda la noche. En la Sierra Norte, los pueblos zapotecos y mixes

mantienen prácticas que combinan elementos prehispánicos con símbolos cristianos, en una síntesis que no busca reconciliar, sino coexistir.

En cada región, el Día de Muertos tiene un rostro distinto. En algunos pueblos, se cree que las almas de los niños llegan el 31 de octubre por la tarde, y las de los adultos al anochecer del primero de noviembre. En otros, se habla de un solo día para todos, o de una semana entera de visitas. Lo que no cambia es la certeza compartida: los muertos regresan. Y hay que recibirlos con lo mejor que se tenga.

El altar es solo una parte del entramado ritual. En muchas comunidades, el Día de Muertos implica también la limpieza de tumbas, la preparación de comidas específicas, la organización de comparsas, la elaboración de tapetes de aserrín y la participación en procesiones nocturnas. En algunos casos, se construyen arcos de flores que simbolizan la entrada al mundo de los muertos. En otros, se colocan caminos de pétalos que guían a las almas desde el panteón hasta la casa.

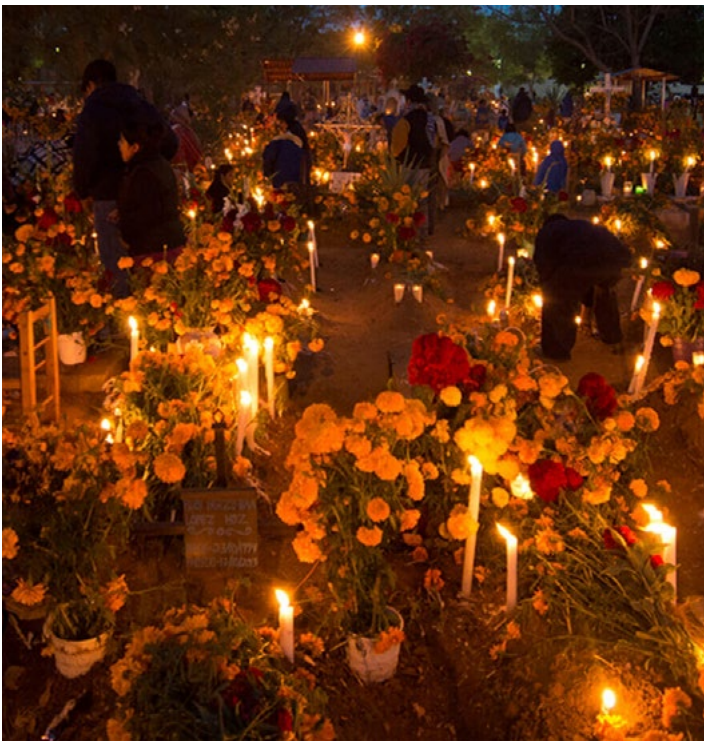
Estas prácticas no son homogéneas ni estáticas. Cambian con el tiempo, se adaptan a las condiciones sociales, económicas y culturales de cada comunidad. En zonas urbanas, el Día de Muertos ha adquirido formas más escenográficas, con concursos, desfiles y festivales. En las zonas rurales, en cambio, la celebración mantiene un carácter íntimo, familiar, comunitario. No hay cámaras. Hay silencio. No hay espectáculo. Hay espera.

El reconocimiento del Día de Muertos como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad ha traído consigo una mayor visibilidad internacional. Oaxaca, como uno de los epicentros de esta celebración, ha visto crecer el interés turístico en estas fechas. Si bien esto ha generado ingresos y proyección, también ha provocado tensiones.

En algunos casos, las prácticas rituales se han adaptado a las expectativas del visitante. En otros, se han protegido con celo, limitando el acceso a los espacios sagrados o desplazando las celebraciones a horarios menos visibles.

La tensión entre tradición y turismo no es nueva, pero se agudiza en contextos donde la identidad cultural se convierte en recurso económico. En Oaxaca, muchas comunidades han optado por establecer sus propias reglas: abrir ciertos espacios, cerrar otros, explicar lo que se puede compartir y lo que no. La clave está en el equilibrio. En no perder de vista que el Día de Muertos no es una atracción, sino una forma de relación con la muerte, con el tiempo, con los ancestros.

En un país marcado por la violencia, la migración forzada y la desaparición, el Día de Muertos adquiere un sentido político. No es solo una tradición. Es un acto de resistencia. Es una forma de decir que la memoria importa, que los muertos no se olvidan, que la vida no se mide solo en años vividos, sino en vínculos sostenidos.



En Oaxaca, donde muchas comunidades han enfrentado despojos, desplazamientos y abandono institucional, la celebración del Día de Muertos es también una forma de afirmar la continuidad de la vida comunitaria.

Los altares no son solo homenajes. Son archivos. En ellos se guarda la historia de las familias, los oficios, las luchas, las pérdidas. Cada objeto tiene un significado. Cada platillo tiene un destinatario. Cada flor tiene un propósito. Y cada vela encendida es una forma de decir: aquí seguimos. Aquí estamos. Aquí los esperamos.

El Día de Muertos en México, y particularmente en Oaxaca, no es una fecha que se improvise. Es una celebración que se construye con tiempo, con cuidado, con memoria. Es una práctica que se transmite de generación en generación, no como un deber, sino como una forma de estar en el mundo. A menos de dos semanas de su llegada, las comunidades ya están listas. No porque alguien se los haya pedido, sino porque así se ha hecho siempre.

En un país que cambia, que se fragmenta, que se reinventa, el Día de Muertos permanece. No como una postal, sino como una práctica viva. No como un espectáculo, sino como un acto íntimo, colectivo, profundamente humano.

Día de Muertos en los Pueblos Indígenas de Oaxaca

En Oaxaca, el Día de Muertos no se vive igual en todas partes. Mientras la ciudad se llena de turistas, concursos de catrinas y tapetes de arena en plazas coloniales, los pueblos indígenas del estado se preparan con otra lógica. No hay espectáculo. Hay rito. No hay escenografía. Hay cosmovisión. En las comunidades zapotecas, mixes, chatinas, triquis y mazatecas, la celebración no se organiza: se hereda. A dos semanas de la festividad, las casas de adobe ya huelen a copal. Las mujeres limpian los altares



con manos que saben dónde va cada objeto. Los hombres bajan del monte con leña y flores. Los niños preguntan por los muertos que vendrán. Aquí, la muerte no es ausencia. Es visita. Y se recibe con respeto, con comida, con silencio y con música.

En San Juan, una comunidad zapoteca enclavada en la sierra, la preparación del altar comienza con la cosecha. No se compra en el mercado. Se cultiva. El cempasúchil se siembra en junio, se cuida en agosto y se corta en octubre. “Si no lo sembraste, no lo pongas”, dice Tomás, un campesino que lleva treinta años preparando el altar de su casa. Para él, cada flor tiene nombre. Cada vela tiene destino. Cada objeto tiene historia.

El altar no es decoración. Es mapa. En él se colocan los objetos que usaron los muertos: el sombrero del abuelo, el rebozo de la madre, el machete del tío, el molinillo de la abuela. No hay fotos. Hay presencia. “Aquí no ponemos retratos. Ponemos lo que usaron. Así saben que es su lugar”, explica Tomás.

En Santa María, una comunidad mixe, la comida no se cocina para los vivos. Se cocina para los muertos. El mole se prepara con chile chilhuacle, el pan se hornea en horno de piedra, el mezcal se sirve en jícaras. “Mi madre decía que si no cocinas con ganas, no vienen”, cuenta Juana, cocinera tradicional que lleva días moliendo, amasando y encendiendo el fogón.

La comida no se prueba. Se ofrece. Se deja en el altar desde la noche del 31 de octubre. Se cambia

el 1 de noviembre. Se retira el 2. Nadie come lo que se puso. “Ya lo comieron ellos. Ya no es nuestro”, dice Juana. En su casa, el altar ocupa media sala. No hay televisión. Hay memoria.

En San Pedro, una comunidad chatina, el panteón no es lugar de duelo. Es lugar de reunión. Desde la tarde del 31, las familias

llegan con velas, flores, comida y música. No hay tristeza. Hay espera. Se limpian las tumbas, se colocan los altares, se encienden las velas. A medianoche, se canta. No hay mariachis. Hay bandas locales. No hay espectáculo. Hay rezo.

“Mi padre murió hace diez años. Pero cada año viene. Yo lo siento”, dice Andrés, joven que toca el tambor en la banda de la comunidad. Para él, la música no es entretenimiento. Es llamado. “Si no tocamos, no llegan. Así nos enseñaron”.

En las comunidades indígenas de Oaxaca, el Día de Muertos no es una fecha. Es un tiempo que se abre. Un tiempo en el que los vivos y los muertos conviven. No hay miedo. Hay respeto. No hay espectáculo. Hay sentido. La muerte no se representa. Se recibe.

La cosmovisión indígena no separa cuerpo y espíritu. No separa vida y muerte. No separa pasado y presente. Todo está unido. Todo se honra. Todo se recuerda. El altar, la comida, la música, el copal, las



flores, los objetos: todo forma parte de un sistema que no se aprende en libros. Se aprende en casa.

El Día de Muertos en Oaxaca no es solo la postal urbana. Es también —y sobre todo— la práctica viva en los pueblos indígenas.

Es la memoria que se enciende en cada vela, que se sirve en cada plato, que se canta en cada tumba. Es la cultura que no se exhibe, pero que se vive. Es la tradición que no se organiza, pero que se cumple.



Compartimos lo mejor
de México y el mundo,
con más de 30 años
de experiencia.



MAR AGENCIA



Pregunta por nuestros
paquetes todo incluido en
viajes nacionales y al
extranjero y conoce todas
nuestras promociones por
temporada.



 +52 916 121 0397



Mar Viajes Internacionales

Registro Nacional de Turismo SECTUR 4070653003



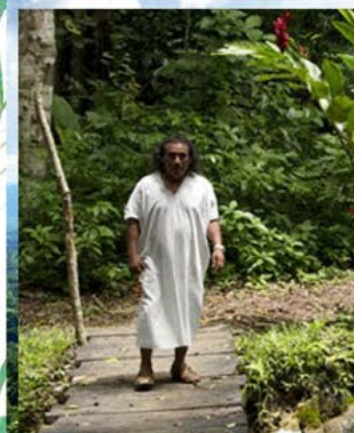
TU HOGAR EN LA SELVA

Topche.mx

info@topche.mx

(52)916 101 6959

Lacanja Chansayab, Chiapas, México





HAZ QUE EL MUNDO ESCUCHE

tu talento

LICENCIATURA EN,
PRODUCCIÓN
Musical



SEP
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

RVOE
RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL DE ESTUDIOS

SISTEMA ESCOLARIZADO

4 AÑOS (8 SEMESTRES)

TURNO MATUTINO

CCT: 07PSU0279Q

RVOE: PSU-08/2024

4A ORIENTE NORTE
#410 TUXTLA GTZ, CHIAPAS



EN PALENQUE, EDUARDO RAMÍREZ REAFIRMA COMPROMISO CON LA SEGURIDAD Y LOS DERECHOS DE LAS MUJERES



En el municipio de Palenque, el gobernador Eduardo Ramírez Aguilar, acompañado del fiscal general del Estado, Jorge Luis Llaven Abarca, inauguró el Centro de Justicia para las Mujeres (CEJUM), un espacio destinado a brindar atención integral, con calidez y perspectiva de género, a las víctimas de violencia y a sus hijas e hijos. Este centro dará continuidad a las políticas públicas de la actual administración y beneficiará a 12 municipios de la región Selva. Asimismo, el mandatario entregó la pavimentación con concreto hidráulico de la calle San Ángel, obra que mejorará la movilidad y facilitará el acceso seguro y rápido al CEJUM. Durante su mensaje, Eduardo Ramírez Aguilar reafirmó que la agenda de las mujeres es una prioridad para el gobierno de la Nueva ERA. Destacó que se impulsan acciones para fortalecer las instituciones especializadas en materia de género, fomentar la sensibilización desde la niñez y la juventud en las escuelas, y promover la cultura de la denuncia, con el propósito de erradicar toda forma de violencia contra niñas, adolescentes y mujeres, así como sancionar con todo el peso de la ley a quienes

cometan estos delitos. El mandatario exhortó a las mujeres a no normalizar la violencia en los hogares y a denunciar con la certeza de que serán escuchadas y atendidas por sus autoridades, pues esa confianza, dijo, es clave para combatir esta problemática social. Asimismo, llamó a las instituciones estatales y municipales a trabajar con corresponsabilidad y cercanía a la ciudadanía, a fin de construir espacios seguros y libres de violencia, donde prevalezcan la paz, la solidaridad y el respeto. A su vez, la secretaria de Infraestructura, Anakaren Gómez Zuart, destacó la inversión de 7 millones de pesos en la pavimentación de la vialidad que conecta con el CEJUM, así como la construcción de banquetas y guarniciones, en beneficio de 924 habitantes. El CEJUM de Palenque, tuvo una inversión superior a 25 millones de pesos. Asistieron la secretaria general de Gobierno y Mediación, Patricia del Carmen Conde Ruiz; la secretaria de la Mujer e Igualdad de Género, Dulce María Rodríguez Ovando; el secretario de Seguridad del Pueblo, Óscar Alberto Aparicio Avendaño; y la directora de los CEJUM, Eny Fabiola Ávila Salinas, entre otros.



JORGE CABRERA PRESENTE EN LOS EVENTOS DEL GOBERNADOR CHIAPANECO EN PALENQUE



El presidente Municipal de Palenque, Jorge Cabrera Aguilar, acompañó al gobernador del estado de Chiapas, Eduardo Ramírez Aguilar, y a su esposa, la presidenta del DIF, Sofía Espinoza Abarca, a la inauguración del Centro de Justicia para las Mujeres (CEJUM), un espacio diseñado con personal especializado para atender, analizar y dar seguimiento a casos de violencia de género, garantizando el respeto pleno a los derechos de las chiapanecas. Este Centro está ubicado en la colonia Montes Azules. Previo a este acto se llevó a cabo la entrega formal de la calle San Ángel, que es la vialidad que da acceso al CEJUM. En sus instalaciones, el CEJUM brindará atención especializada como: asesoría jurídica, apoyo psicológico, acompañamiento en materia familiar, así como orientación y asistencia en diversas áreas del derecho. Se trata de prevenir, atender, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres, garantizando su acceso a la justicia y a una vida libre de violencia. En este acto estuvieron presentes el procurador General de Justicia del Estado, Jorge Luis Llaven Abarca; La secretaria de la Mujer e Igualdad de Género, María Rodríguez Ovando; El secretario de Seguridad del estado, Óscar Alberto Aparicio Avendaño; El Diputado Federal, Carlos Morelos Rodríguez; La Secretaria de Infraestructura del Estado, Anakaren Gómez Zuart; La Secretaria General de Gobierno y Mediación de Chiapas, Patricia Conde Ruiz, así como presidentas y presidentes municipales de la región. De igual manera, el munícipe palencano acompañó al gobernador Ramírez Aguilar, y al director del Instituto de Seguridad Social de los Trabajadores del Estado de Chiapas (ISSTECH), Luis Ignacio Avendaño Bermúdez, al arranque de la Primera

Jornada de Especialidades Médicas y a la entrega de una ambulancia totalmente equipada, en la Clínica Hospital del ISSTECH en Palenque. Durante su mensaje, el Gobernador destacó el compromiso de su administración por ampliar y mejorar los servicios médicos, con el propósito de brindar una atención integral y de calidad a la población. Asimismo, anunció que las y los pacientes que requieran trasladarse a Tuxtla Gutiérrez por cuestiones de salud recibirán apoyo en transporte aéreo a través de Aerobalam.



El H. Ayuntamiento Municipal Constitucional a través de la Coordinación de Cultura y Educación, invita a todos los artistas interesados a participar en el evento conmemorativo al:

Día del Músico

S Á B A D O
22 DE NOVIEMBRE
06:00 P.M. DOMO COL. PAKALKIN

INSCRIPCIONES ABIERTAS HASTA EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE EN EL CENTRO COMUNITARIO "SAN MIGUEL" FRENTE AL AUDITORIO MUNICIPAL EN HORARIO DE 08:00 A 04:00 P.M.

MAYORES INFORMES AL TELÉFONO: 916114 1102

EL AYUNTAMIENTO PALENCANO REALIZÓ DIVERSAS ACTIVIDADES EN EL MUNICIPIO



El Ayuntamiento Municipal de Palenque, a través de la Mesa de Seguridad para la Construcción de la Paz VI Selva, llevó a cabo el evento "Coros por la Paz", como parte de las actividades de la Jornada por la Paz, con el propósito de fomentar la convivencia, la unión social y la construcción de entornos más seguros a través del arte y la cultura. El acto contó con la presencia del presidente Municipal de Palenque, Jorge Cabrera Aguilar, quien reconoció el valor del arte como una herramienta fundamental para fortalecer la paz y la cohesión social en el municipio. Durante la jornada, distintas corporaciones de seguridad instalaron stands informativos, donde compartieron con la ciudadanía las acciones y programas que realizan para garantizar la tranquilidad y el bienestar de las familias palencanas, fortaleciendo así el vínculo entre autoridades y sociedad. Asimismo, participó el elenco de la Casa de la Cultura Palenque, quienes ofrecieron interpretaciones de danza moderna y contemporánea, ballet clásico y un ensamble musical, destacando el compromiso de los artistas locales con la promoción de valores de paz y armonía. Así el Ayuntamiento de Palenque reafirma su compromiso de seguir impulsando espacios culturales y de expresión artística que fortalezcan el tejido social, promoviendo el respeto, la convivencia y la unidad entre las y los palencanos. La dirección de Obras Públicas del Ayuntamiento de Palenque, realizó la entrega formal de la construcción de un Sistema de Abastecimiento de Agua Potable con Pozo Profundo Energizado con Paneles Solares, a las familias del ejido Nuevo Monte Oret. Se trata de una

obra cuyos trabajos consistieron en la construcción de un pozo profundo de 90 metros lineales, caseta de control, tren de descarga de 2" FO.GO, equipo de bombeo tipo sumergible (2"HP), 555.64 metros lineales de línea de conducción, tanque superficial de 20 m³ de capacidad a base de muros de concreto, 398.32 metros lineales de red de distribución con tubería de PVC hidráulico y 15 tomas domiciliarias del tipo rural. Esta obra tuvo un monto de ejecución de 2 millones 959 mil 477 pesos con 93 centavos. En representación del presidente municipal, Jorge Cabrera Aguilar, la entrega fue hecha por Reynol Vázquez García, Secretario Municipal. Autoridades municipales participaron en el evento "Mujer, ¡Alza tu voz! Detengamos las violencias". El edil de Palenque, Jorge Cabrera Aguilar, y su esposa la presidenta del DIF Municipal, Nayeli Hernández Morales, acompañaron a la Secretaria de la Mujer e Igualdad de Género, Dulce María Rodríguez Ovando, en el evento "Mujer, ¡Alza tu voz! Detengamos las violencias", una iniciativa que promueve la unión entre mujeres y hombres para erradicar cualquier forma de violencia de género. Esta iniciativa forma parte de una campaña permanente de sensibilización y prevención, cuyo objetivo es informar, orientar y motivar a las mujeres a denunciar cualquier tipo de agresión o situación de riesgo, fortaleciendo así el acceso a la justicia y a una vida libre de violencia. En el evento estuvieron presentes la secretaria General de Gobierno y Mediación, Patricia Conde Ruiz; del Fiscal General del estado, Jorge Luis Llaven Abarca; Así como del secretario de Seguridad del Pueblo, Óscar Alberto Aparicio Avendaño.